

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA,
IDENTIDAD Y NEGOCIACIÓN
EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

ED. CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI)

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SUBDIRECTORA (PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS-PEI): MARTINA VINATEA RECOBA (UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO, PERÚ)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA /REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

CONSEJO ASESOR - SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI):

TRINIDAD BARRERA (UNIVERSIDAD DE SEVILLA, ESPAÑA)
CARLOS CABANILLAS (UNIVERSITETET I TROMSØ, NORUEGA)
JÉSSICA CASTRO RIVAS (UNIVERSIDAD DE CHILE, CHILE)
JUDITH FARRÉ (ILLA-CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, ESPAÑA)
PAUL FIRBAS (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
AURELIO GONZÁLEZ (EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO)
ARNULFO HERRERA (UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, MÉXICO)
MARIELA INSÚA (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)
RAÚL MARRERO-FENTE (UNIVERSITY OF MINNESOTA, ESTADOS UNIDOS)
JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI (TUFTS UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS)
HUGO HERNÁN RAMÍREZ SIERRA (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, COLOMBIA)
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO (PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, PERÚ)
LEONARDO SANCHO DOBLES (UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, COSTA RICA)
JOAQUÍN ZULETA CARRANDI (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, CHILE)

Impresión: Ulzama Digital

© De los autores

ISBN: 978-1-938795-32-9

Depósito Legal: M-10390-2017

New York, IDEA/IGAS, 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

ÍNDICE

PREFACIO	9
ROLENA ADORNO Carlos de Sigüenza y Góngora y las antigüedades mexicanas	11
IGNACIO ARELLANO Subversiones (o no) en la poesía colonial, y la construcción crítica al margen del texto	35
CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS El sujeto colonial mulato en la poesía de Juan del Valle y Caviedes	59
MARGUERITE CATTAN La retórica clásica en la <i>Instrucción</i> de Titu Cusi Yupanqui	81
BEATRIZ DE ALBA-KOCH Los indígenas en la obra de Fernández de Lizardi: justicia, caridad y devoción	99
MIGUEL DONOSO RODRÍGUEZ Sobre invenciones de guerra dañosas en la <i>Historia</i> <i>de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile</i> (1575), de Alonso de Góngora Marmolejo	119

PAUL FIRBAS	
Reducción y expansión de <i>cimarrón</i> : historia temprana de un término colonial	131
JOSÉ LUIS GASTAÑAGA PONCE DE LEÓN	
«El villano del Danubio» en los Andes: sujetos coloniales en el <i>Libro de la vida y costumbres</i> de Alonso Enríquez de Guzmán	159
PEDRO M. GUIBOVICH	
Indios y libros en el virreinato del Perú	171
ESPERANZA LÓPEZ PARADA	
La genealogía como dispositivo de identidad: un príncipe melancólico en la línea sucesoria	195
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO	
Espinosa Medrano, dramaturgo y colegial del Seminario de San Antonio Abad del Cuzco	215
GISLE SELNES	
El sujeto del naufragio: hombres, animales y caníbales en los relatos de naufragos coloniales	241
LEONOR M. TAIANO C.	
Casta, etnia y fe en <i>Infortunios de Alonso Ramírez</i>	255
CARMELA ZANELLI VELÁSQUEZ	
Re-escritura y refundación histórica: los casos de Cajamarca y el cerco del Cuzco bajo la mirada de Garcilaso en la segunda parte de los <i>Comentarios reales</i>	267

EL SUJETO DEL NAUFRAGIO:
HOMBRES, ANIMALES Y CANÍBALES EN LOS
RELATOS DE NÁUFRAGOS COLONIALES

Gisle Selnes
Universidad de Bergen, Noruega

Aunque el naufragio ocupa un lugar central en varios textos coloniales hispanoamericanos, éstos no constituyen un género propiamente dicho. A diferencia de los naufragios portugueses, que sí forman un género propio, muy estudiado por la crítica, los naufragios españoles de la misma época se encuentran dispersos por varios géneros, como son las cartas, relaciones, crónicas, comentarios, etc. Según críticos como José Rabasa y Josiah Blackmore, los naufragios lusitanos son inherentemente subversivos, narrando la historia de los fracasos que no caben en las crónicas oficiales del imperio, mientras que el uso hispanoamericano del naufragio es más bien apologético¹. Es ésta una dicotomía que me propongo matizar en este trabajo.

Antes de abordar el sujeto del naufragio, y sus manifestaciones en el horizonte hispanoamericano, también me voy a permitir algunas reflexiones breves sobre el naufragio como topos «global» y su posible importe como «evento» u «objeto» en el sentido filosófico de las palabras. Anticipo ya que terminaremos con una lectura concisa del naufragio de

¹ Véase José Rabasa, 2000, p. 52, y Josiah Blackmore, 2002, p. 56.

Pedro Serrano, tal como lo narra el Inca Garcilaso de la Vega, como posible clave para la comprensión de la obra y de la subjetividad garcilasianas.

Evidentemente, el descubrimiento de las rutas marítimas a las Indias orientales y occidentales produjo un auge considerable en el número de naufragios. También parece obvio que las nuevas circunstancias imperiales proporcionaron al naufragio un nuevo importe tanto económica como ideológicamente. Una vez «descubierta» América, el naufragio parece cambiar de carácter. De los lugares habitados por pueblos fabulosos/utópicos pasamos a islas y costas inhóspitas y muchas veces inhabitadas². Como señala su nombre, los naturales, cuando los hay, tienden a formar parte de la naturaleza (el paisaje, el «clima») donde viven. Para los europeos, se trata de autóctonos —o sea seres pertenecientes a la tierra, lo ctónico— por lo cual representan una cultura meramente potencial, *in statu nascendi*, con todas las contingencias que ello implica. Sin embargo, lo más novedoso de los naufragios hispanoamericanos es probablemente que pasan del dominio de la ficción al de la realidad o incluso de lo real. A pesar de su lado fantástico o fantasmático, el escenario ya no es el universo mítico-heroico de Homero o la cosmología alegórica cristiana de Dante, sino la geografía real del imperio. Sin el testimonio de los mismos náufragos —su propia versión de los acontecimientos transgresivos— no hay relato posible. De ahí, también, la lucha sobre el significado de los naufragios: ¿cómo recuperar los desastres marítimos para el discurso oficial? ¿Cómo relacionar estas experiencias límites con el estado normal de la empresa imperial?

Aún así, no hay que olvidar que el naufragio ha sido un motivo fundamental —si no fundacional— de la literatura llamada occidental desde sus primeros comienzos. Cada género tiene su versión predilecta de este motivo o topos: la nave del estado en la lírica a partir de Alceo, la catástrofe marítima de los persas en el drama esquiliano, las violentas metáforas náuticas (*Ilíada*) y las aventuras epónimas de Ulises en las epopeyas homéricas. Ya en el quinto canto de la *Odisea*, dedicado casi en su totalidad al último naufragio de Ulises, se establece el modelo tópic-

² Los naufragios «clásicos» y medievales nos alejan de nuestro ambiente familiar para introducirnos en circunstancias desconocidas y fabulosas, tanto antropológica como geográficamente: el náufrago arriba, las más de las veces, a costas *pobladas*, preferentemente por gente que tiene alguna disposición fantástica o utópica. Las figuras geométricas grabadas en las rocas que descubre Aristippo, el filósofo naufragado en costas aparentemente desoladas, son síntomas de este miedo de —o falta de interés por— los lugares verdaderamente desolados.

narrativo que luego ha sido imitado por Virgilio y otros poetas épicos imperiales y republicanos. Ayuda a la perseverancia de este modelo el hecho de que la educación retórica de la época imperial (romana) incluyó ejercicios obligatorios de écfrasis sobre el topos del naufragio. A esta tradición pagana hay que añadir los naufragios y tempestades bíblicos, de ambos testamentos, muchas veces nítidamente alegorizados durante la época medieval, por ejemplo en las cantigas de Alfonso X o en la *Navigatio Sancti Brandani* (libro probablemente consultado por Cristóbal Colón antes o después del viaje descubridor)³.

Aunque en la era contemporánea, «naufragio» suele ser sinónimo de «fracaso», tradicionalmente también significaba una apertura a horizontes no previstos, o podía sugerir el valor de la meta final de la navegación. Así, los naufragios de Ulises presentan una serie de escenarios nuevos para las aventuras del marinero proverbial, huyendo de la venganza de los dioses, mientras que los infortunios marítimos de Eneas y sus tripulantes troyanos sirven para ensalzar el mérito del futuro imperio romano: *tantae molis erat romanam condere gentem*. De la misma manera, el evangelista siente que la navegación de San Pablo requiere de tempestades y naufragios semejantes para subrayar la trascendencia de la *translatio ecclesiae*. Un milenio y medio más tarde, Giuliano Dati, en su célebre poema sobre «las islas canarias recientemente descubiertas», inventa una tempestad apócrifa para el primer viaje de Colón⁴.

Tanto el *Diario de a bordo* como la *Lettera rarissima* —y otros documentos colombinos— demuestran cierta familiaridad del Almirante con los valores poéticos y retóricos del naufragio, en primer lugar como figura de redención providencial. Por eso, cuando se produjo el primer contacto prolongado entre el viejo y el nuevo mundo —precisamente debido al naufragio de la Santa María el día de navidad del 1492— este acontecimiento ya estaba recargado de significación acumulada: «El Almirante recibió mucho placer y consolación de estas cosas que veía», resume Bartolomé de Las Casas, «y se le templó la angustia y pena que había recibido y tenía de la pérdida de la nao, y conoció que Nuestro

³ Véase por ejemplo, Valerie J. Flint. 1992, p. 91 y ss.

⁴ Huelga recordar que Hitlodeo, el filósofo-navegante de Tomás Moro, abandonó la expedición de Américo Vespucio para ir en busca de otras islas antípodas —en una versión del mundo donde América no existe, pero sí los efectos discursivos de su descubrimiento— hasta «naufragar» en la isla de Utopus: Utopía.

Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento»⁵. Un evento o encuentro o de tal envergadura equivale a un naufragio, se haya producido «en lo real» o no: «El Nuevo Mundo surgió de estos naufragios, / brillante e inconcebible», escribe Cristina Peri Rossi en su poema «El naufragio como metáfora»⁶.

A la prehistoria literaria del naufragio hay que añadir precisamente la capacidad metafórica o «la metaforicidad» del naufragio. Como *figura*, el naufragio ofrece un contraste elemental entre el espacio jerárquico a bordo del barco, por un lado, y el eterno caos primordial de las olas, por el otro. En el momento mismo del «*nau*-fragio» —de la fractura de la nave— se franquea el límite entre estos dos universos de una manera que puede compararse con una metáfora violenta y eficaz. Así, se establece un contacto insólito entre dos ámbitos, dos universos, no sólo diferentes sino supuestamente incompatibles.

He aquí la primera calificación del náufrago: se trata de un sujeto fuera de lugar. «Cuando yo viere a los peces caminar por la tierra —dice el filósofo Atalo— entonces iré yo a navegar por la mar». Naufragar equivale a perderse por no respetar las leyes naturales y divinas. El náufrago es castigado por abandonar el lugar o *etnos* que le corresponde, o en términos morales, a haber dejado atrás la vida templada del sujeto racional. De ahí el famoso «naufragio con espectador», escenario filosófico elaborado por Lucrecio en *De rerum natura* y estudiado en su evolución posterior por Hans Blumenberg en su *Schiffbruch mit Zuschauer* (1979). En términos aún más específicos, la navegación es asociada con la codicia. El que muere naufragado en el mar, muere dos veces: primero se anega su corazón en la codicia, luego el cuerpo se ahoga en el agua. Dice Antonio de Guevara en su *Arte del Marear* (1539): «A mi parecer sobra de codicia, y falta de cordura inventaron el arte de navegar» (p. 231). Es este un tema que se desarrolla, barrocamente, en el mencionado corpus de naufragios portugueses, reunido por Gomes de Brito por los años 1730 bajo el título *História Trágico-Marítima*. Fernández de Oviedo —en su proemio al compendio de naufragios que remata la *Historia General y Natural de las Indias*— trae a colación los mismos lugares comunes cuando afirma que la navegación es «contra la voluntad de la natura». (Oviedo y Valdés, 1992, vol. 5).

⁵ Entrada de miércoles, 26 de diciembre de 1492.

⁶ Cristina Peri Rossi, 1981.

Más allá de estas valoraciones morales, la metafóricidad del naufragio también estriba en la radicalidad de la «escena primordial» del sujeto anegado en un mar sin fronteras ni soportes, lo que Calvo-Stevenson, en su tesis doctoral sobre los naufragios coloniales hispanoamericanos, ha llamado —heideggerianamente— «sinking being», «ser-en-tren-de-hundirse» (Calvo-Stevenson, 1991). El naufragio representa la irrupción de lo real/destructivo en el orden cotidiano, o la apertura irreversible del orden simbólico sobre un abismo inhumano. Aún así, esta «negación» puede constituir un verdadero acontecimiento, un posible comienzo de un mundo radicalmente nuevo: a través de la «labor negativa» se produce —estructuralmente— un escenario «aislado» del mundo de origen.

El naufragio siempre ocurre al margen del imperio. Trazando una línea entre el dominio de lo propio y el de lo otro, convierte a cualquier *locus* en un límite o un umbral. De ahí el problema de la representación del naufragio: anegado el náufrago, no hay nadie que pueda relatar su historia. Pero aún si logra volver a su mundo de origen, le queda el dilema —íntimamente vinculado al discurso «americano»— de que su experiencia radical resulta incomunicable, ya que en los sistemas expresivos del viejo mundo no caben las representaciones de cosas o mundos nuevos.

En la filosofía de Kant, el fracaso del sistema representativo se asocia con el concepto de lo sublime. Más allá del registro de la belleza —donde el objeto aparece ante el espectador como limitado e íntegro, produciendo un placer sereno por su armonía con nuestra idea de su cualidad—, el del sublime radica en la ilimitación cuantitativa o dinámica que no se puede integrar en un concepto «total» del objeto en cuestión. Esta frustración comprensiva ocasiona un «placer negativo», entre fascinación y repulsión, cuyo ejemplo paradigmático son precisamente los desastres naturales como el terremoto o los huracanes o, en palabras del mismo Kant, «el ilimitado mar en su cólera». Escribe Slavoj Žižek en *El objeto sublime de la ideología* a propósito de este fenómeno: «The Sublime is therefore the paradox of an object which, in the very field of representation, provides a view, in a negative way, of the dimension of what is unrepresentable», o sea que lo sublime es la paradoja de un objeto —*das Ding*— que indica los límites del campo de la representación a través del fallado intento de representarlo (Žižek, 1989, p. 203).

En el mismo libro, Žižek evoca el naufragio de Titanic para ilustrar los efectos de este fracaso (pp. 69 y ss.). Como todos sabemos, Titanic no solo es el nombre del buque que chocó con un iceberg fuera de Terranova causando la muerte de más de 1.500 personas. Debido a las

circunstancias culturales del momento, el naufragio instantáneamente se interpretó como un drama repleto de sentido: el fin brutal e inevitable del optimismo decadente que reinaba al comienzo del siglo XX⁷. No obstante, la idea radical de Žižek es que hay otra verdad del naufragio más «primordial» que la simbólica y que contradice la figuralidad hermenéutica que nos insta a establecer el significado del desastre: si observamos el naufragio, propiamente dicho —el buque quebrado y hundido— tal como aparece en las fotos tomadas con cámaras submarinas, se abre otra dimensión —«prohibida», si se quiere—: ya no la «metaforicidad del naufragio», sino una presencia materializada, de imposible interpretación. Es éste el naufragio como «objeto», el último resto de lo Real que excede toda «simbolización» del mundo y del sujeto. Por consiguiente, el verdadero objeto del afán hermenéutico suscitado por el naufragio no es el de revelar, sino el de encubrir la verdad sobre esta presencia petrificada que sabemos que no deberíamos ver.... Lo cual equivale a decir que por debajo de las diferentes manifestaciones históricas del «discurso del naufragio» subyace un núcleo traumático que no se puede integrar como tal en ninguna representación del evento. De esta «cosa» sublime emana la fascinación siniestra del naufragio.

Más allá de las fronteras del imperio, los límites tienden a borrarse y las categorías pierden su ilusoria «naturalidad». Nada está dado de antemano: no hay ni punto de partida ni meta ni camino o método que lleven a un fin previsto, sólo la obligación de volver a establecer un orden mínimo que pueda mantener al hombre a salvo de las amenazas de sus circunstancias. Por eso, la del náufrago es una situación no solo existencial, sino también filosófica, aunque ésta se manifieste como un «pensamiento salvaje».

En su último seminario sobre «La bestia y el soberano», Jacques Derrida se detiene largamente en el caso de Robinson Crusoe, naufragado en una isla desierta del Pacífico (Derrida, 2010). A Derrida la situación filosófica de Crusoe le sugiere una lectura paralela de Defoe con Heidegger, haciendo hincapié en el problema fundamental de la diferencia entre hombre y animal. En la novela de Defoe, el naufragio se transforma en figura «global» de la existencia: Crusoe reconstruye no sólo el mundo y las categorías epistémicas e ideológicas

⁷ La situación es fácilmente transferible a otros desastres marítimos, como los naufragios antonomásticos de Cabeza de Vaca, debidamente alegorizados tanto por el autor como por generaciones de exegetas. Véase más abajo.

del imperio británico, sino que se vuelve a «subjeter», como parte del mismo proceso, elevándose a sí mismo como soberano por sobre los animales y demás habitantes de su isla del desastre. Con el tiempo, éstos llegan a incluir a indígenas de diferentes grados de salvajismo además de piratas y marineros de varias nacionalidades que, a manera de contraste, sirven para transmutar a Crusoe en lo que James Joyce ha llamado el prototipo del colonialista británico. Menos conocidas que la novela epónima sobre Robinson Crusoe, las dos secuelas escritas por el mismo Defoe concluyen la representación del mundo *sub specie naufragii*, dejando, primero, que Crusoe abandone su isla occidental para emprender nuevas aventuras mercantiles en el hemisferio oriental, y, luego, que escriba, ya anciano, sus propias «reflexiones serias» sobre el verdadero importe de una vida en la que muchas veces ha naufragado, como dice, «aunque más por tierra que por mar».

Observa Rebecca Weaver-Hightower en su libro *Empire Islands* (2007) que piratas y caníbales son los anti-modelos más comunes de los protagonistas imperiales en las robinsonadas de lengua inglesa (p. 91). Ambos amenazan no solo con infringir el dominio territorial del náufrago, sino también con consumir su identidad y en última instancia su cuerpo. En el contexto del colonialismo europeo, la religión juega un papel decisivo en estas fantasías de consumición. Las tres biblias que Crusoe salva del barco hundido son claves para su «renacimiento» cristiano; luego evangeliza al pagano Viernes, y abandona su plantación en Brasil para no tener que convertir al catolicismo. Es fama que los luteranos que se refugian o naufragan en la llamada *France antarctique* durante las guerras religiosas, comparan el sacramento de sus enemigos católicos con el canibalismo ritual de los tupíes. Y viceversa: españoles y criollos católicos acusan a los piratas herejes de la más consumada barbarie, incluso de antropofagia.

Evidentemente, no existe la «novela de naufragio» hispanoamericana correspondiente a la de Defoe, pero sí hay varios textos en los que el náufrago se reconstruye de manera correspondiente en sujeto del «valiente mundo nuevo». El caso más celebre y complejo es sin dudas los *Naufragios* de Cabeza de Vaca —aunque no se lee, salvo raras veces, ni como relato (genérico) de naufragios ni como discurso novelesco—. Acaso es éste el texto hispanoamericano de la época colonial que más se parezca a los naufragios portugueses, los cuales se consideran precursores de la tradición «realista»/novelesca de la literatura lusitana. En ambos casos se trata de una narración pormenorizada de peregrinaciones y

tribulaciones después de un naufragio más allá de la frontera que separa la civilización de su inhóspito exterior. Además, la relación de Cabeza de Vaca se presenta como la historia del renacimiento o «reconstrucción» del sujeto imperial, atravesando los fantasmas de la otredad (de sentirse reducido a un objeto en las manos del otro, hecho «la figura misma de la muerte», de ser testigo del canibalismo famélico entre compatriotas etc.)⁸. Lo que singulariza a esta obra, es precisamente la experiencia colectiva en pos de la catástrofe, cuando hay que abandonar o «canibalizar» los últimos restos de la civilización del origen —matar a los caballos, refundir los objetos de metal etc.— para emerger al otro lado como un «nuevo sujeto» —transformado por su experiencia límite de la «cosa» americana (el naufragio como «objeto sublime») — y por lo tanto como el más apto para llevar a cabo la evangelización de los indígenas rebeldes.

Cabeza de Vaca comprueba así el adagio de que el sujeto del naufragio es esencialmente otro, que la ruptura de la nave (la *nau*-fragio) produce una ruptura temporal correspondiente en la identidad subjetiva del náufrago, imposibilitando su reinscripción total en el orden simbólico. (Como dice Borges en su soneto dedicado a Alexander Selkirk, el Crusoe «real»: «ya no soy aquél que eternamente // Miraba el mar y su profunda estepa».) De ahí la importancia de la escena obligatoria en los relatos de naufragios, cuando el náufrago otra vez entra en contacto con la civilización. Cabeza de Vaca, profundamente marcado por su experiencia indígena, no es reconocido por sus compatriotas, y su reentrada en el tiempo calendárico («cristiano») viene a ser otra «catástrofe» —en el sentido etimológico de la palabra— o, si se quiere, un naufragio al revés.

En este sentido, el naufragio es una versión potenciada de la «experiencia americana», de lo que Anthony Pagden ha llamado «the principle of attachment», el principio de adhesión, o *catexis*, que han vivido los viajeros europeos desde el Almirante en adelante (1993, pp. 17 y ss.). Oviedo, en el primer capítulo de su *Historia General y Natural*, ostenta un ejemplo sugerente de este topos —por lo demás omnipresente en su obra— cuando dice que, a diferencia de los mil millares de volúmenes *léidos* por Plinio, su precursor romano, él (Oviedo) ha *vivido* «dos mil millares de trabajos e necesidades e peligros en veinte y dos años e más que ha que veo y experimento por mi persona estas

⁸ Véase la edición magistral de Rolena Adorno y Patrick Charles Pautz: *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, His Life and the Expedition of Pánfilo de Narváez*, 1999.

cosas (...) y habiendo ocho veces pasado el grande mar Océano» (*Historia general y natural de las Indias*, t.I, p. 11). Para Oviedo, la historia natural —o sea la naturaleza maravillosa— del Nuevo Mundo viene a ser emblema del poder sublime de Dios, mientras que la historia general pone de manifiesto cómo estas maravillas se han ido desmoronando por las ambiciones temporales del hombre supuestamente civilizado. Por lo tanto, cuando Oviedo deja que la obra termine con una compilación de naufragios, parece lícito suponer que la idea es la de subrayar —aristotélicamente— el destino «trágico» del Nuevo Mundo, su peripecia de dicha en naufragios e infortunios.

En una situación así, solo un dios puede salvarnos, como decía Heidegger. Según su recopilador, los naufragios ovidianos son precisamente ejemplos de «maravillas divinas». La tarea de los sujetos de estas aventuras extremas es la de seguir fieles a la manifestación de la misericordia providencial, observando la lección evangélica tanto en sus infortunios marítimos como después de la salvación. En la historia más elaborada de la recopilación, la de Alonso Zuazo, el naufragio se convierte en alegoría religiosa: los sucesos catastróficos en las islas inhóspitas llamadas de los alacranes se pintan como *figura de la passio Christi*, mientras que los náufragos sólo logran evitar la animalidad (si no la «bestialidad») por la intervención «cristológica» del letrado Zuazo, formando una colonia cuasi utópica de sujetos devotos y píos. Oviedo establece un contraste llamativo entre esta utopía espiritual —y material, ya que los milagros pueden leerse como una «respuesta en lo real» de la virtud de los náufragos—, por un lado, y el estado deplorable del imperio, donde reinan la codicia y el caos, por el otro: el naufragio ocurre cuando Zuazo navega rumbo a Tierra Firme para mediar en el conflicto entre Hernán Cortés y Francisco de Garay, y, una vez a salvo de las ondas, es nombrado lugarteniente de Cortés, quien se tiene que ausentar para castigar a un capitán rebelde en la selva mesoamericana. A pesar de su gran éxito como juez y evangelizador, tanto españoles como indios confabulan para matarlo, y al final Zuazo tiene que volver precipitadamente a La Española para defenderse contra acusaciones falsas de soborno.

En los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) —libro perteneciente a la tradición de naufragios e infortunios tanto por su tema como por sus momentos netamente subersivos— el protagonista criollo se refleja negativamente en una serie de figuras foráneas y nativas. La expedición real para conseguir bastimentos para la capital novohispana

—en la que Alonso Ramírez está embarcado— está mal equipada y por eso resulta presa fácil de piratas «protestantes», los cuales no solo son herejes inmejorables, sino que también tienen pronunciadas apetencias antropófagas. Aquí no se trata de canibalismo famélico —práctica por lo menos comprensible, si no excusable— sino de una perversión irracional y voluptuosa. Después de haber asediado un pueblo asiático durante meses, los piratas pasan a cuchillo a las mujeres que han dejado encintas y prenden fuego a lo que puedan:

Entre los despojos con que vinieron del pueblo y fueron cuanto por sus mujeres y bastimentos les habían dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de este cortó cada uno una pequeña presa y alabando el gusto de tan linda carne entre repetidas saludes le dieron fin (Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*, p. 23).

Significativamente, al recordar a Miguel, un sevillano que había abandonado «lo católico en que nació, por vivir pirata y morir hereje», aunque el peor de todos cuando se trataba de abominaciones y maltratos, lo que más escandaliza a Ramírez es cuando se ponían de fiesta, «leyendo o rezando [Miguel] lo que ellos en sus propios libros» (p. 41). En tales circunstancias su único consuelo es un retrato de la Virgen de Guadalupe que tiene escondido en uno de los mástiles.

Aunque menos bárbaros que los enemigos foráneos, los autóctonos también representan un anti-modelo para Sigüenza y Góngora. En las costas de Yucatán, donde naufraga la fragata de Ramírez y sus compañeros ex esclavos, reina la corrupción y el tráfico de mercancías dejadas por barcos naufragados (propiedad legal del rey). O sea que ni siquiera en Tierra Firme las autoridades novohispanas son capaces de controlar los márgenes del imperio. Lo único notable de «aquel paraje inculto y solitario» son los monumentos y el sistema de pozos con agua «excelente» construidos por el imperio maya muchos siglos antes de la conquista española. A través de esta galería de sujetos coloniales, el relato llega a reflejar una considerable porción del mundo novohispano, desde las capas más bajas y periféricas hasta el ápice de la pirámide: la corte virreinal, donde Ramírez llega a besarle la mano a Su Excelencia, el Virrey, quien lo manda visitar a Sigüenza y Góngora para narrarle su historia. La «peregrinación lastimosa» de Alonso Ramírez desemboca, así, en la enunciación misma del relato, en la que también se señala su entrada ulterior en la Real Armada de Barlovento. *Tantae molis*

erat novohispanam vigilare confinium, parece ser la leyenda moral de esta epopeya picaresca, cuyo sujeto principal es el marinero criollo.

Como ya se ha anticipado, vamos a terminar con una figura contigua: el Inca Garcilaso de la Vega. Como nadie ignora, los *Comentarios reales* (1609) incluyen un naufragio fundacional —el de Pedro Serrano—, por algunos considerado como el primer cuento de la literatura hispanoamericana. Tal vez más que otros náufragos, éste queda enfáticamente fuera de lugar: su historia está entreverada en el capítulo sobre «La descripción del Perú», con la justificación barroca de que «no esté lejos de su lugar y también porque este capítulo no sea tan corto» (p. 23), mientras que algunos de los ingredientes «genéricos» del naufragio aparecen desplazados a otras partes de la obra. No obstante, si lo abordamos a la luz de la historia del topos, creo que este naufragio a su vez puede arrojar nueva luz sobre la empresa garcilasiana.

Recordemos, primero, la línea de demarcación que traza Garcilaso entre los incas imperiales, por un lado, y los demás indígenas, por el otro. Como nadie ignora, la imagen que se presenta de estos últimos en los *Comentarios reales* es espeluznante, y un tanto ridícula. Su barbaridad es ilimitada: «[U]nos indios había pocos mejores que bestias y otros peores que fieras bravas» (p. 27). Mientras que los incas habían descubierto el principio divino de toda la creación sólo por medio de la razón, sus vecinos ni siquiera eran capaces de concebir y venerar ideas abstractas. Adoraban cualquier fenómeno —yerbas, plantas, flores, árboles, cerros altos, cuevas hondas, guijarros y piedrecitas etc.— sólo para «diferenciarse éstos de aquellos y cada uno de todos» (p. 27). Pero más que nada adoraban animales: «En fin, no había animal tan vil ni sucio que no lo tuviesen por dios» (p. 27). Un gran número de los indios que veneraban animales fieros, fueron devorados por sus ídolos, porque al toparse con ellos, se echaban en el suelo a adorarlos en vez de huir o defenderse. A este panorama de fetichismo y zoolatría desenfrenados, Garcilaso añade algunas historias sobre el canibalismo de las tribus pre-incaicas, de una infamia comparable a la muy repudiada imagen que pintó Hegel de los negros antropófagos en la introducción a su *Filosofía de la historia*.

Sin embargo, contra viento y marea, los incas, virtualmente «naufragados» en esta *terra canibalorum*, lograron reducir a sus vecinos infrahumanos e incluirlos en un imperio cuasi utópico, siglos antes de la llegada de los españoles. Es ésta la verdad «genérica», ignorada por los españoles, que Garcilaso revela y elabora largamente en su obra principal, verdad que, para enunciarse, necesita de un nuevo sujeto: el

mestizo bilingüe, cuya función es la de mediador (intérprete, traductor) entre las dos civilizaciones incomunicadas.

¿Cómo localizar el naufragio de Pedro Serrano en este cuadro? La historia es simple: Oriundo no se sabe de qué parte, Serrano, naufragado, nada a las orillas de una isla desierta del Caribe. Allí se mantiene con carne seca de tortugas marítimas y con agua recogida en sus conchas. Con grandes esfuerzos, logra prender un fuego, sobre el cual vigila día y noche, y para que los aguaceros no lo apaguen, construye una choza con las conchas de las tortugas más grandes. Pasan los años, se le pudre la ropa que tenía, y con «las inclemencias del cielo se le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente que parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí» (*Comentarios reales*, p. 25). Por eso, cuando un día aparece otro náufrago en la isla, Serrano se imagina que el otro es el diablo en figura de hombre que viene para tentarle, mientras que el recién venido piensa que Serrano, por su apariencia animal, es el diablo en persona. Una vez aclarado el malentendido, se acomodan la vida como mejor pueden, repartiendo las tareas ecuanímente, aunque no por mucho tiempo: riñen, apartan rancho, «que no faltó sino llegar a las manos». Después de cuatro años de convivencia más o menos reconciliada aparece un navío español. El náufrago anónimo muere en alta mar. Pedro Serrano, por su parte, arriba a su tierra natal y es convocado por el Emperador, quien por aquel tiempo residía en Alemania. El ex náufrago deja su vello de animal como signo de sus desoladas aventuras marítimas.

Según Garcilaso, el naufragio de Pedro Serrano fue «un caso historial de grande admiración». Aunque no se puede descartar la posibilidad de que Garcilaso esté hablando en serio —lo insólito de la existencia de Pedro Serrano abandonado en la isla desierta tal vez puede calificarse de «admirable» en el sentido barroco de la palabra— más sugestivo sería imaginarse que la valoración es irónica, subversiva: dos náufragos cristianos incapaces de vivir juntos en condiciones comunitarias tan especiales... ¡Cuánto más admirable no sería la hazaña de los incas! Los zoolatras y caníbales que antes poblaron ese territorio se habían pacificado por una civilización que sobrepasó con mucho la de los dos náufragos hispánicos que al final «no tenían figura de hombres humanos». Bajo circunstancias sumamente confusas lograron establecer un imperio justo y razonable, incluso según los valores humanistas del renacimiento, sin haber recibido la revelación de la gracia divina: «De manera que lo necesario para la vida humana de comer y vestir y calzar, lo tenían todos, que nadie podía llamarse pobre ni pedir

limosna; porque lo uno y lo otro tenían bastantemente, como si fueran ricos; y para demasías eran pobrísimos, que nada les sobraba» (p. 26).

El topos de autóctonos bestiales, caníbales, que tantas veces han amenazado la vida y la identidad de náufragos occidentales, desde Ulises en adelante, le sirve a Garcilaso para destacar las obras utópicas de sus antepasados. Mucho antes de que el Renacimiento europeo llegara a esbozar sus utopías más bien teóricas, los incas ya habían organizado un vasto imperio de bárbaros civilizados. Para el discurso colonial de la época, es ésta una paradoja, si no un oxímoron, digno de la figura principal de la obra garcilasiana: el sujeto futuro, utópico, capaz de mediar entre dos culturas separadas por el *mare magno e oculto* —cuya imagen trasluce, negativamente, a través de los náufragos aislados e incommunicados.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Rolena y Patrick Charles Pautz, *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, His Life and the Expedition of Pánfilo de Narváez*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1999, 3 vols.
- BLACKMORE, Josiahm, *Manifest Perdition: Shipwreck Narrative and the Disruption of Empire*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002.
- BLUMENBERG, Hans, *Schiffbruch mit Zuschauer. Paradigma einer Daseinsmetapher*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979.
- CALVO-STEVENSON, Hortensia, *Sinking Being. Shipwrecks and Colonial Spanish-American Writing*, Ph.D.-dissertation reproduced by University Microfilm International, Ann Arbor, Mich., Yale University, 1991.
- DERRIDA, Jacques, *Seminaire. La bête et le souverain. Volume II (2002–2003)*, Paris, Éditions Galilée, 2010.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Perez de Tudela Bueso, Madrid. Atlas, 1992, 5 vols.
- FLINT, Valerie J., *The Imaginative Landscape of Christopher Columbus*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- GOMES DE BRITO, Bernardo, *História trágico-marítima, em que se escrevem chronologicamente os naufragios que tiveram as naus de Portugal, depois que se poz em exercicio a Navegação da Índia [1735–1736]*, anotada, comentada y acompañada de un estudio por António Sergio, Lisboa, Editorial Sul 1955–1956, 3 vols.
- GUEVARA, Antonio de, *Arte del Marear y de los inventores della, con muchos avisos para los que navegan en ellas*, [1536], Barcelona, por Hieronymo Margarit, 1613.
- PAGDEN, Anthony, *European Encounters With the New World: From Renaissance to Romanticism*, New Haven & London, Yale University Press, 1993.
- PERI ROSSI, Cristina: «El naufragio como metáfora», *Nueva estafeta*, 36, 1981.
- RABASA, José, *Writing Violence on the Northern Frontier: The Historiography of Sixteenth Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*, Durham, Duke University Press, 2000.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Infortunios que Alonso Ramírez natural de la Ciudad de S. Juan de Puerto Rico padecio &c [1690]*, en *Relaciones históricas*, selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.
- VEGA, Inca Garcilaso de la, *Comentarios reales*, prólogo, edición y cronología por Aurelio Miro Quesada, Carácas, Biblioteca Ayacucho, 1976, t. I.
- WEAVER-HIGHTOWER, Rebecca, *Empire Islands. Castaways, Cannibals, and Fantasies of Conquest*, Minneapolis & London, University of Minnesota Press, 2007.
- ŽIŽEK, Slavoj, *The Sublime Object of Ideology*, London, Verso, 1989.



Estudios Indianos, 9

El presente libro incluye catorce trabajos que se enfocan en el estudio de diversos sujetos coloniales que vivieron en los virreinos americanos entre los siglos XVI y XVIII. El enfoque de cada uno es diverso, como diversos fueron estos sujetos y también las distintas estrategias que utilizaron, no solo para encontrar mejoras dentro del sistema colonial sino, en muchos casos, para reivindicar una identidad individual o colectiva. Se estudian en algunos de estos trabajos también las formas de representación (incluidas sus valoraciones) entre los diferentes grupos de sujetos coloniales: peninsulares, criollos, indios, mulatos, cimarrones; y las estrategias discursivas (imitación, representación, reescritura) que esgrimieron en sus respectivos proyectos. Merece atención en varios de los estudios el Inca Garcilaso de la Vega. Pero también pueden hallarse aproximaciones a las figuras de Alonso Enríquez de Guzmán, Titu Cusi Yupanqui, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan de Espinosa Medrano, Juan del Valle y Caviedes y José Joaquín Fernández de Lizardi, además de otros cronistas y textos de la época.

Carlos F. Cabanillas Cárdenas es profesor titular en la UIT Universidad Ártica de Noruega (Tromsø) y miembro asociado del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra. Ha desarrollado su actividad investigadora sobre todo con relación a la obra del poeta colonial Juan del Valle y Caviedes, de quien ha realizado una edición crítica de sus poemas contra los médicos de Lima (*Guerras físicas, proezas medicales, hazañas de la ignorancia*) y varios estudios que aclaran el panorama textual de sus obras poéticas.



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO

